

Primer Domingo de Cuaresma

CONDUCIDO POR EL ESPÍRITU (Lc 4, 1-13)

Con frecuencia nos han presentado la Cuaresma de color oscuro, sombría y triste y he aquí que, aun en este relato de las tentaciones, aparentemente tan crudo y ciertamente austero, con el que abrimos este tiempo litúrgico, una vez más un Dios humano nos viene a presentar una Buena Noticia a nuestro alcance, asequible, una aventura arriesgada y que requiere valentía, pero que no es imposible: entrar en el desierto.

El quid de la cuestión nos lo señala el evangelista Lucas al principio: Jesús, **lleno del Espíritu Santo**, se va al desierto y **allí se deja conducir por el Espíritu**. Y es que solos no podemos, pero con Él, sí.



Qué suerte para nosotros que Jesús fuera tentado, que experimentara en su corazón deseos tan lícitos y naturales como el tener, el poder y el éxito, que no le incitaban a pecar, pero sí a separarse de lo que el Padre soñaba para él y a través de Él para todos nosotros; qué suerte que Jesús necesitara discernir, separar lo verdadero de lo falso; qué suerte que pudiera elegir y tuviera que hacerlo y qué suerte que supiera hacer frente a las tentaciones no porque fuera Dios, sino porque supo dejarse conducir por el Espíritu.

Quizás el Evangelio de hoy quiera recordarnos algo de esto. El Padre no juega con nosotros ni nos engaña: Seguir a Jesús, colaborar con Él y como Él para que se cumpla su plan de vida y fraternidad para todos necesita nuestra adhesión libre y sincera. Por eso hay que entrar en el desierto, como lo hizo Jesús, y dejar que allí el Señor nos sondee, nos ponga cara a cara con nuestra verdad y en situación de elegir.

Entrar en el desierto no es fácil y a todos nos da algo de miedo, pero entrar en el desierto de la mano de Jesús, sabiéndonos acompañados, conducidos por el Espíritu, que nunca nos llevará más allá de donde somos capaces de llegar, que nunca forzará nuestra libertad, eso es otra cosa. Así sí podemos atrevernos.

Conducidos por el Espíritu, como Jesús, nos animamos a afrontar a fondo nuestra verdad, la intimidad de nuestros deseos y de nuestras inclinaciones y a no temer confrontarlas con el querer de Dios.

Conducidos por el Espíritu, la soledad del desierto se nos hace "soledad sonora", la Palabra se abre camino entre nuestros pensamientos y resistencias, se mete por nuestros recovecos interiores y nos dispone a elegir la vida. Jesús nos da la mano. Con Él podemos.

Mariola Iglesias Díaz, stj
21 de febrero de 2010

Segundo Domingo de Cuaresma

SE TRANSFIGURÓ DELANTE DE ELLOS

Cómo necesitamos todos a veces, cuando sentimos el peso del camino, un Tabor que nos haga recuperar certezas y nos anime a seguir adelante, que nos devuelva al derrotero que conduce a la auténtica bienaventuranza: felicidad personal y compartida en una mesa común y un mundo fraterno. Como Jesús y como los discípulos que le acompañaron, necesitamos espacios donde la gloria de Dios se nos revele, donde podamos contemplar su rostro; acontecimientos que nos dejen sin ninguna duda el sabor de Dios y que nos animen a seguir las huellas del Hijo.

Este texto de Lucas, por mucho que la Transfiguración nos suene a divinidad, nos vuelve a mostrar a un Jesús entrañablemente humano, que se toma en serio su vida y su misión, que afronta las consecuencias de su entrega con responsabilidad y hondura y que anhela la confirmación del Padre. Por eso sube al monte a orar. Sube buscando la intimidad de su Padre en un momento en que la seguridad de que va a morir en Jerusalén, si sigue adelante, se le hace patente. Y la respuesta del Padre no se hace esperar. El ánimo y el consuelo al Hijo, que busca seguir su camino y llevar a cabo su plan, se hacen confirmación de su identidad y de su elección - Este es mi Hijo, mi Elegido - y se hace también invitación a los discípulos a escucharle.

El Padre, que nos conoce y nos ama, que sabe lo que necesitamos antes de pedírselo, va sembrando nuestra vida de transfiguraciones que nos desvelan nuestra identidad y la suya, íntimamente ligadas, que nos confirman en el estilo de Jesús, de humildad, cercanía, gratuidad y compromiso.

Hoy subimos con Jesús al Tabor y le pedimos que se transfigure delante de nosotros. Salimos con Él a la calle y le pedimos que nos deje ver su rostro transfigurado en aquellos que entregan su vida en lo escondido de cada día: en las madres y padres que regalan ternura y sacrificio por amor, en la dependienta de la librería que se interesa por mis problemas con una sonrisa franca y en el recepcionista de la oficina que sabe decir y desear de corazón buenos días... Descubrir la gloria de Dios en nuestra vida cotidiana es don, tarea y estímulo. La Cuaresma nos invita a abrir manos y corazón al regalo que el Padre quiere ofrecernos y a dejarle obrar en nosotros. De este modo se nos harán más suaves las cuestas arriba, más llevadera la cruz de cada día, más cargada de sentido una entrega como la de Jesús. Nos sabremos acompañados y fortalecidos desde dentro por Aquel que nos habita y nos ama sin medida.

Hoy, como Pedro, Santiago y Juan, oímos también nosotros la voz de la nube, pero iluminados ya por la Pascua. Y al escuchar a Jesús no podemos seguir diciendo "qué bien se está aquí, hagamos tres tiendas", aunque a veces tengamos esa tentación. No podemos quedarnos parados, acomodados en nuestro bienestar o aprisionados por un espiritualismo barato. El Hijo, el Elegido, a quien escuchamos, baja del Tabor y se pone en marcha hacia Jerusalén. Descubrir su presencia y su cercanía, descubrir los destellos de su gloria en nuestra vida, es también estímulo e invitación a caminar con él, a darle la oportunidad de transfigurarse en nosotros y de ser para otros hermanos y hermanas confirmación de

sentido, estímulo en el seguimiento de Jesús, eco del "te quiero" de Dios a cada ser humano pronunciado en su Hijo.

Elegir el camino de Jesús pasa por ir con Él a Jerusalén. Y esto no de forma voluntarista, ni porque tengamos una gran capacidad de sacrificio. Esto, sólo porque, como Jesús y gracias a Él, recibimos del Padre la certeza profunda de ser hijos e hijas, amados y elegidos en nuestro Hermano mayor para amar. Esto sólo porque la grandeza del don nos desborda y necesitamos dar gratis lo que se nos da gratis; sólo porque, al hacernos conscientes del don recibido, nos hacemos más hermanos y nos duele y apasiona la humanidad.

Con Jesús subimos al Tabor para encontrarnos y con Jesús bajamos del Tabor para entregarnos. "¡Juntos andemos, Señor!"

Mariola Iglesias Díaz, stj
28 de febrero de 2010

Tercer domingo de Cuaresma

DÉJALA POR ESTE AÑO TODAVÍA... Lc 13,1-9



Puestos junto a Jesús, en actitud de discípulos, es decir, como quien es consciente de su pequeñez y sabe que tiene mucho que aprender de todos y de todo y fundamentalmente del Maestro, la Palabra de este domingo nos sigue desvelando el misterio de un amor que nos asombra y nos descoloca, si queremos dejarnos afectar.

Nos asombra la paciencia y la esperanza del amor del Padre sobre cada una de sus criaturas. Nos descoloca su falta de lógica y su desmesura, porque no tiene en cuenta nuestra esterilidad ni nuestra indolencia, porque no juzga por las apariencias y porque se revela como un Dios no castigador, un Dios que elige no castigar, a pesar de tener poder y razones para hacerlo.

De la higuera de esta parábola no se espera otra cosa que higos, es decir, que se comporte como higuera y llegue a su plenitud produciendo frutos. Quizás de nosotros sólo se espere que seamos profundamente humanos y demos frutos de humanidad; con sabor a esperanza y a primavera - a Evangelio- en un mundo sediento y necesitado de una cultura de vida: paz en ambientes de crispación y de violencia; gratuidad, donde todo se compra; acogida en un mundo de fronteras...

Quizás de nosotros sólo se espere que reflejemos la imagen de nuestro Padre y nos hagamos, para los de cerca y los de lejos, alimento de ternura y de misericordia.

Esto hizo, esto sigue haciendo, nuestro Hermano mayor, Jesús, con nosotros. Él sigue cavando y abonando el surco alrededor de nuestra higuera infecunda con su Palabra y su entrega. Alimentándonos de Él y enraizándonos en Él, vamos descubriendo la plenitud de nuestra propia vida en clave de fruto ofrecido - generoso, desprendido, gratuito- para que otros tengan vida.

Ofrezcámonos el fruto de su vida en nosotros en la insignificancia de cada día, donde la vida nos sale al encuentro, y sintamos la gratitud y la alegría de cada nueva llamada a vivir y dar vida.

7 de marzo de 2010

Cuarto Domingo de Cuaresma

¡CELEBREMOS UNA FIESTA!

Decía Teresa de Jesús, hablando del conocimiento propio, que "jamás acabamos de conocernos si no procuramos conocer a Dios porque lo blanco cabe lo negro se ve más blanco, y lo negro cabe lo blanco".

Quizás esta parábola de Jesús sea una de esas páginas del Evangelio que, por contraste, nos descubren más cómo es Dios y cómo somos nosotros; quién es Él y quiénes somos.

Si miramos al Padre, el auténtico protagonista de esta parábola, encontramos lo más genuino de nuestro Dios y la esencia de la Buena Noticia: Él es amor incondicional, ternura explícita, perdón sin límites. Mirarle a Él nos descubre a nosotros mismos también en lo más esencial: Somos criaturas amadas, hijos amados, hondamente, sin condiciones, sin excepciones, siempre.

Basta este retrato del Padre para llenar de holgura nuestros aprietos, de seguridad nuestras incertidumbres y de paz nuestros temores. Basta, si tenemos fe o si dejamos al menos resonar en el corazón el eco de esta parábola para que nos convierta a Él, para que nos haga creyentes en el Dios que nos revela Jesús y no en diosecillos hechos a nuestra imagen, que miden y pesan como nosotros, que aplican como nosotros la lógica, que piden referencias para acoger o excluir.

Así no es el Dios de Jesús. Él no necesita referencias para amarnos, no necesita que todo en nuestra vida esté en regla, ni siquiera que demostremos auténtico arrepentimiento -el hijo no vuelve porque esté arrepentido, vuelve porque tiene hambre-. Él nos ama gratuitamente, porque está en su esencia amar y confía, tal vez, en que la experiencia inequívoca de su amor sea suficiente para que encontremos siempre en su casa nuestra casa, el lugar de la seguridad y de la incondicionalidad, el lugar del perdón y de la fiesta.

Pero ¡cuántas veces hacemos guiños a la imagen del hijo mayor que nos presenta la parábola! Él aún no conoce al Padre, a pesar de tanto tiempo junto a Él. Aquí es donde mejor podemos aplicar el contraste para descubrir nuestros errores:

El Padre es acogida, nosotros, como el hijo mayor, tantas veces creadores de fronteras, de estereotipos y de clichés que bloquean libertades e impiden abrazos. Él es ternura expresada y derrochada, inequívoca, nosotros poco hábiles con frecuencia para expresar el cariño, tacaños a veces en gestos y palabras de amor, temerosos de hacernos vulnerables, de perder algo si perdonamos, si nos abrimos y acogemos. Él es misericordia, nosotros, no en pocas ocasiones, cobradores de facturas. Él es generador de fraternidad y de fiesta, nosotros a menudo lentos para alegrarnos del bien de los demás y para reconocer el don del hermano.

Él es Padre y Madre. Así nos lo revela el que acogía a los pecadores y comía con ellos, nuestro hermano mayor, Jesús. Las imágenes de Dios que se separen de esta son quizás montajes que nos hemos ido formando para hacernos menos permeables al auténtico

mensaje liberador del Evangelio, por lo mucho que éste compromete: que todos y todas, sin excepción, estamos invitados a la fiesta de vida compartida que nos ofrece el Padre. Fiesta gratis y fiesta para todos. Fiesta que nos hace familia.

En el corazón de la Cuaresma, somos invitados a dejar que el Padre nos vista de fiesta para celebrar nuestra propia vuelta a casa. Y somos invitados también a dejarnos arrastrar por la música y la danza y compartir la irracionalidad del amor del Padre, que perdona, que acoge, que restaura... sin mérito alguno de nuestra parte. Necesitamos tal vez contemplar al Padre de la parábola para que nuestra mirada quede limpia y podamos ver las cosas como Él las ve, para asombrarnos de la gratuidad del amor que nos sustenta, para complacernos en la debilidad que nos hermana y humaniza, para arriesgar un paso de danza porque todos sin excepción somos invitados a esta fiesta y sentir que la chispa de la alegría nos prende en el corazón al compartir la propia o acoger la de otros.

El Padre nos invita: démonos la mano y entremos en la fiesta.

Mariola Iglesias Díaz, stj